

ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

Otra parte de la isla.

Salen ALONSO, SEBASTIAN, ANTONIO, GONZALO,
ADRIAN, FRANCISCO *y otros.*

GON. Alégrate, señor, pues causa tienes,
Cual todos, de alegrarte: excede en mucho
Nuestra fortuna al daño que sufrimos.
Comun es nuestro mal: no pasa día
Sin que de algun marino la consorte,
O de algun mercader los capitanes,
O el mismo mercader acaso tengan
Motivo tal de queja; en cambio á pocos,
Entre los infinitos que naufragan,
Sucede tal milagro; me refiero
A nuestra salvacion; por tanto, Alteza,
Midamos sabiamente nuestra angustia
Por nuestra dicha.

ALON. Ruego que te calles.

SEB. Recibe consuelo como si fuera caldo frio.

ANT. El enfermero no le dejará así.

SEB. Mirad, está dando cuerda al reloj de su ingenio; luego dará la hora.

GON. Señor...

SEB. Una... cuenta.

GON. Al que fomenta el duelo cuando llega, suele costarle...

SEB. Un duro.

GON. Duro lo paga, en verdad: hablasteis con más acierto de lo que pensasteis.

SEB. Y vos lo tomáis en sentido más sesudo de lo que yo pensé.

GON. Por tanto, Alteza...

ANT. ¡Y vuelta! ¡qué liberal es con su lengua!

ALON. Déjame, por favor...

GON. Ya callo; pero...

SEB. No sabe callar.

ANT. ¿Qué apostaremos sobre cual de los dos, él ó Adrian, cacareará ántes?

SEB. El gallo viejo.

ANT. El gallito.

SEB. Hecho. ¿Qué apostais?

ANT. Una carcajada.

SEB. Va.

ADR. Aunque parece desierta esta isla...

SEB. Já, já, já. Ya os pagué.

ADR. Inhospitable y casi inaccesible...

SEB. Sin embargo...

ADR. Sin embargo...

ANT. No podia faltar.

ADR. Su clima debe ser apacible y de una templanza sutilísima y agradable.

ANT. La templanza es una moza agradable.

SEB. Cierto, y sutilísima; segun acaba de exponer muy sabiamente.

ADR. El aire nos orea aquí con aliento dulcísimo.

SEB. Como si tuviera pulmones, y putrefactos.

ANT. O como si lo perfumara un pantano.

GON. Aquí hay de todo cuanto puede ser provechoso para la vida.

ANT. Cierto; salvo los medios de vivir.

SEB. De eso hay nada, ó poco.

GON. ¡Que fresca y qué lozana crece esta yerba!
¡qué verde!

ANT. En efecto, el suelo es pardusco.

SEB. Con un ligero tinte de verde.

ANT. No tiene mala puntería.

SEB. No; yerra el blanco por completo.

GON. Pero lo extraño del caso es, lo cual es casi increíble...

SEB. Como la mayoría de las cosas extrañas que se afirman.

GON. Que nuestros vestidos, habiendo sido como empapados en el mar, conserven, sin embargo, su frescura y brillo; de suerte que más bien parece que han sido teñidos de nuevo que manchados con agua salada.

ANT. Si hablaran sus bolsillos ¿no le dirían que miente?

SEB. Sí tal, ó embolsarian hipócritamente su aserto.

GON. Al parecer están ahora nuestros vestidos tan nuevos como el día en que los estrenamos en África, en la boda de la hija bella del rey, Clarabel, con el rey de Túnez.

SEB. Fué una boda preciosa, y ha sido feliz nuestro regreso.

ADR. Túnez no tuvo nunca la dicha de lograr por reina á un dechado semejante.

GON. Nunca, desde el tiempo de la viuda Dido.

ANT. ¿Viuda? ¡Al diablo con eso! ¿A qué viene eso de viuda? ¿La viuda Dido?

SEB. ¿Y aunque hubiera dicho el viudo Eneas?
¡Válgame Dios, y cómo lo tomáis!

ADR. ¿Dijisteis la viuda Dido? Me dais qué pensar con eso. Fué de Cartago, nó de Túnez.

GON. Es que Túnez, amigo, fué Cartago.

ADR. ¿Cartago?

GON. Cartago, os lo aseguro.

SEB. Puede más su palabra que el arpa milagrosa:

ha levantado, no sólo el muro, sino las casas también.

ANT. ¿Qué dificultad no allanará ahora?

SEB. Creo que se llevará esta isla á casa en el bolsillo, y se lo dará á su hijo por una manzana.

ANT. Y sembrando las pepitas en el mar, criará más islas.

GON. ¿Decís?

ANT. Si, estais á tiempo.

GON. Señor, decíamos que nuestros vestidos parecen ahora tan nuevos como cuando asistimos en Túnez á la boda de vuestra hija, hoy reina.

ANT. Y la más hermosa que puso los piés allí.

SEB. Salvo, os suplico, la viuda Dido.

ANT. ¡Oh! ¡la viuda Dido! sí, ¡la viuda Dido!

GON. ¿No está mi jubon tan nuevo, señor, como el primer dia que me lo puse (se entiende, hasta cierto punto)...

ANT. A tiempo añadió lo de cierto punto.

GON. Cuándo lo llevé en la boda de vuestra hija?

ALON. Atracais mis oidos de estas cosas

Contra la inclinacion de mi sentido.

¡Ojalá nunca á mi hija allí casara!

Pues al volver, no sólo á mi hijo pierdo,

Sino también, segun colijo, á ella,

Que está tan apartada de la Italia,

Que ya volverla á ver no espero nunca.

¡Oh, tú, heredero de mis ricas joyas,

Nápoles y Milan! ¿Di, de qué extraño

Pez fuiste pasto?

FRAN. Aún vive por ventura.

Yo, bajo sí, le ví pegar las olas,

Caballero en sus lomos; iba hollando

Las aguas, cuyo embate rechazaba,

Y el pecho opuso á la onda más henchida

Que fiera le embistió; su osada frente

Por cima de las aguas turbulentas

Llevaba erguida, y con sus fuertes brazos

Se fué remando con robusto esfuerzo
 Hacia la orilla, que encorvada sobre
 Su base carcomida por las olas,
 Al parecer los brazos le extendia.
 Llegó, sin duda, sano y salvo á tierra.

ALON. No, pereció.

SEB. Las gracias á ti mismo
 Te puedes dar por pérdida tan grande,
 Alteza, tú que terco no otorgaste
 Que disfrutara Europa de tu hija,
 Mas preferiste darla al africano,
 Do vive desterrada de tus ojos,
 Que pena tal con harta causa riegan.

ALON. Callad, por Dios.

SEB. Te importunamos todos,
 Postrados ante ti, que no lo hicieses,
 Y aquella tierna criatura misma
 Entre la repugnancia y la obediencia
 Dudosa estuvo, sin saber á dónde
 Inclinar la balanza. Hemos perdido
 A tu hijo para siempre, segun temo.
 Nápoles y Milan más viudas cuentan
 En su recinto, á causa de esta empresa,
 Que hombres llevamos que les den consuelo.
 Tuya es la culpa.

ALON. Y mia en mayor parte
 La pérdida tambien.

GON. (A Sebastian.) Señor, carece
 Esa verdad que dices, de blandura
 Y de ocasion propicia: frotas crudo
 La herida, cuando bálsamo requiere.

SEB. Bien dicho.

ANT. Habló cual diestro cirujano.

GON. Mal tiempo es para todos cuando, Alteza,
 Te anublas tú.

SEB. ¿Mal tiempo?

ANT. Sí, muy malo.

GON. Colonizara, Alteza, yo esta isla...

ANT. De abrojos la sembrara.

SEB. Ó de cizaña.

GON. Y fuera de ella dueño y rey, ¿qué hiciera?

SEB. No emborracharte, pues no cría vino.

GON. Llevara todo á cabo en el Estado
 Por máximas contrarias: clase alguna
 De tráfico ni empleo consintiera;
 Las letras, ignoradas; ni riqueza,
 Ni menesteres, ni pobreza habria;
 Nada de herencias, de contratos nada;
 Ni lindes, ni labranza, ni viñedo;
 Puesto el metal en uso no estaria,
 Ni aceite, trigo, y uvas; sin faena
 Viviera el hombre, y la mujer, en ocio;
 En ocio, pero puros é inocentes;
 Poder no habria...

SEB. Y ser él rey quisiera.

ANT. El fin de su Estado se olvida del principio.

GON. Del seno maternal de la natura
 Brotara todo sin sudor ni esfuerzo;
 Ni engaño hubiera, ni traicion, ni espada,
 Ni pica, ni arcabuz, ni otra arma alguna;
 Con espontáneo impulso, en rica copia,
 Su cuerno derramara la Abundancia
 Para nutrir á mi inocente pueblo.

SEB. Nada de casamientos entre sus súbditos.

ANT. Nada de eso, hombre; todos ociosos: ramer-
 ras y bellacos.

GON. Tan sabio fuera mi gobierno, Alteza,
 Que oscureciera aquella edad dorada.

SEB. ¡Viva su Majestad!

ANT. ¡Gonzalo viva!

GON. Por otra parte... di, señor, ¿me escuchas?

ALON. Calla, te ruego; me hablas de nonada.

GON. Lo creo, Alteza: lo hice á fin de dar ocasion
 á estos caballeros, cuyos pulmones son tan sen-
 sibles y tan ágiles, que suelen reirse siempre de
 nada.

ANT. Nos reíamos de vos.

GON. De mí, que en esta especie de bufonada festiva, no soy nada para vosotros; por lo tanto, podeis continuar riendoos de nada.

ANT. ¡Qué golpe nos ha pegado!

SEB. Si, á no haber caido de plano.

GON. Sois, galanes, de lindo humor: sacariais á la luna de su esfera, si tratase de permanecer en ella cinco semanas sin mudarse.

Sale ARIEL, invisible, y toca una música solemne.

SEB. Si tal, y luego iríamos á caza de murciélagos.

ANT. No os enojeis, señor consejero.

GON. No, os aseguro que no aventuraré tan insensatamente mi juicio. ¿Quereis arrullarme con vuestra risa, pues me siento muy cansado?

ANT. Echaos á dormir, y prestadnos oido.

(Se quedan todos dormidos ménos Alonso, Sebastian y Antonio.)

ALON. ¡Cómo! ¿ya duermen todos? Bien quisiera
Que al cerrarse mis ojos se cerraran
Tambien mis pensamientos: se me antoja
Que á hacerlo tienden.

SEB. Si te place, Alteza,
La soñolienta oferta no rechaces:
Visita á la tristeza raras veces;
Y cuando lo hace, alivio trae consigo.

ANT. Los dos vigilaremos tu persona
Mientras reposes, guardia fiel haciendo.

ALON. Os doy las gracias. Pesadez extraña...

(Se duerme Alonso. Váse Ariel.)

SEB. Que extraña soñolencia los subyuga.

ANT. Es condicion del clima.

SEB. ¿Por qué entónces
No agobia nuestros párpados? No siento
Inclinacion al sueño.

ANT. Yo tampoco.
Cayeron todos cual de mutuo acuerdo;

Cayeron como heridos por el rayo.
 Pudiera... digno Sebastian... Pudiera...
 Silencio... Y sin embargo, se me antoja
 Ver en tu frente el premio que mereces.
 Propicia la ocasion te se presenta;
 Y ve bajar mi ardiente fantasía
 Sobre tus sienes fúlgida corona.

SEB. ¿Estás despierto?

ANT. ¿No oyes cuál te hablo?

SEB. Sí, á fe; y es soñoliento tu lenguaje:
 Hablas en sueños. ¿Qué es lo que dijiste?
 ¡Reposo extraño el suyo! Estás dormido,
 Y abiertos ambos ojos: andas, hablas,
 No obstante, estás sumido en hondo sueño.

ANT. ¡Oh noble Sebastian! ¿Será posible
 Que dejes que se duerma tu fortuna,
 O que se muera acaso? Pestañeas
 Mientras despierto estás.

SEB. ¡Qué claro roncas!
 Algun sentido encierran tus ronquidos.

ANT. Más serio estoy que de costumbre, Alteza;
 Debes serlo tambien, si me haces caso:
 Triplicarás con ello tu valía.

SEB. Soy estancada linfa.

ANT. Como arroyo
 Te enseñaré á correr.

SEB. Hazlo, me mueve
 A refluir pereza hereditaria.

ANT. ¡Oh! si supieras cómo al desdeñarlo
 Fomentas el designio! ¡cuál le adornas
 Al desdeñarlo! El hombre que refluye,
 Corre peligro de tocar el fondo
 Por causa de su tímida pereza.

SEB. Te ruego que prosigas; tu mirada
 Y tu semblante me presagian algo.
 A fe que el parto te acongoja mucho.

ANT. Escucha, pues. Si bien el consejero
 Aquel de la memoria desgraciada,

Y que tan flaca la tendrá, sin duda,
 Cuando enterrado esté, casi ha logrado
 Persuadir á su Alteza (es un espíritu
 De persuasion, en nada más se ocupa
 Que en persuadir) que aún vive su heredero,
 Es imposible que no se haya ahogado;
 Tan fácil fuera creer que está nadando
 Aquel que duerme allí.

SEB. No hay esperanza
 Alguna en mí de que no se haya ahogado.

ANT. ¡Cuánta esperanza, Sebastian, te ofrece
 Aquel «no hay esperanza!» Falta de ella
 En esta parte, en otra te asegura
 Esperanza tan alta, que no alcanza
 A trasponer su límite la vista
 De la ambicion, y vacilante duda
 De lo que allí descubre. ¿Me concedes
 Que entre las olas pereció Fernando?

SEB. Sí, pereció.

ANT. Pues di: ¿quién es entónces
 De Nápoles el próximo heredero?

SEB. Sin duda, Clarabel.

ANT. ¿Quién, la que es reina
 De Túnez hoy? ¿que vive al fin del mundo?
 Do recibir de Nápoles no puede
 Noticia alguna, como no la lleve
 El mismo sol (pues tardo fuera el hombre
 Morador de la luna) hasta que bozo
 Empieza á echar recien nacida barba?
 El mar á todos nos tragó, mas luego
 A algunos arrojó sobre esta playa,
 Predestinados á cumplir una obra,
 Cuyo prólogo fué lo que ha pasado,
 De cuyo porvenir el desempeño
 Nos toca á ti y á mí.

SEB. ¿Qué enredo es este?
 ¿Qué dices? Cierito, la hija de mi hermano
 Reina de Túnez es, y es heredera

De Nápoles tambien: entre una y otra
Algun espacio hay.

ANT. De cuyo espacio
Cada toësa al parecer te grita:
«¿Cómo podrá la Clarabel aquella
Seguirnos hasta Nápoles? Que en Túnez
Reinando quede, y Sebastián despierte.»
Juzgad qué fuera muerte lo que ahora
Se ha apoderado de ellos: no estarían
Peor de lo que están. Hay quien pudiera
Regir tan bien á Nápoles como éste
Que aquí durmiendo está: hay consejeros
Que charlarían tan sin seso, y tanto
Como Gonzalo; si, yo mismo haría
Urraca tan locuaz. ¡Cuánta grandeza
Te brinda el sueño aquel! ¡Señor, me entiendes?

SEB. Pienso que sí.

ANT. ¿Y hasta qué punto apoya
A tu feliz fortuna tu contento?

SEB. Si bien recuerdo, Antonio, suplantaste
A Próspero tu hermano.

ANT. Cierto, y mira,
Señor, qué bien me sientan mis vestidos;
Muy más airosos que ántes: los criados
De aquel hermano, entónces mis iguales,
Son hoy mis siervos.

SEB. Dime... ¿y tu conciencia?
ANT. ¿Mi conciencia, señor? ¿En dónde se halla?

Si fuera sabañon, me obligaría
A andar en chanclas; pero en este pecho
No mora tal deidad. ¡Veinte conciencias
Que hubiera entre Milan y yo podrian
Helarse y derretirse cual rocío
Antes de molestarme! Aquí durmiendo
Tu hermano yace, superior en nada
Al suelo en que reposa, si en efecto
Fuera lo que parece, que es cadáver,
A quien con nada más que tres pulgadas

De este obediente acero, en sueño eterno
 Puedo arrullar. Haciendo tú lo propio,
 Pudieras á la vez cerrar por siempre
 Los ojos de este anciano don Prudencia;
 Librándonos así de sus censuras.
 En cuanto á los demas, ten por seguro
 Que aceptarán instigacion cualquiera,
 Cual bebe leche el gato: cree que en todo
 Sabrán bailar al son que les tañamos.

SEB. Me servirá de precedente, amigo,
 El caso tuyo; y como tú lograste
 El trono de Milan, que alcance es fuerza
 De Nápoles la espléndida corona.
 Tu espada desenvaina: un solo golpe
 Te librárá del pago del tributo,
 Y Nos el rey en gracia te tendremos.

ANT. Desenvainemos juntos: cuando en alto
 Levanto el hierro, haz tú lo propio, y caiga
 Firme en Gonzalo.

SEB. Dos palabras, oye.
 (Hablan aparte.)

Sale ARIEL, invisible.

ARI. Por medio de su magia mi maestro
 Preve el peligro que su amigo corre,
 Y me despacha aquí para que ampare
 (Pues de otra suerte falla su designio)
 Las vidas de estos que en peligro se hallan.

(Canta en el oido de Gonzalo.)

*Mientras tú roncas, libre de enojos,
 Traicion astuta velando está.
 Si amas tu vida, abre los ojos;
 Sacude el sueño, depierta ya.*

ANT. Obremos, pues, con decision y pronto.

GON. (Despertando.) ¡Angeles, protegéd al rey!
 (Despiertan todos.)

ALON. ¿Qué es esto?
 ¡Despiertos! ¿Contra quién blandís el hierro?
 ¿Por qué miráis tan téticos?

GON. ¿Qué ocurre?

SEB. Estando aquí velando vuestro sueño,
 Oímos estallar ahora mismo
 Hueco mugido, al parecer de toros,
 Quizá mejor dijera de leones.
 ¿No os despertó? Retumba aún en mi oído.

ALON. Yo nada oí.

ANT. ¿Bastara tal estruendo
 A estremecer el corazón de un monstruo,
 A hacer temblar la tierra: fué el rugido
 De una manada entera de leones!

ALON. ¿Gonzalo, oíste algo por ventura?

GON. Alteza, por mi honor, oí un zumbido,
 Extraño, á fe, que me sacó del sueño;
 Te sacudí gritando, abrí los ojos,
 Y ví sus armas fuera. Que hubo ruido
 Es cierto. Nos conviene estar alerta,
 Y huir este lugar. Desenvainemos.

ALON. Partamos, pues; y en busca de mi hijo
 Corramos nuevamente.

GON. ¿Dios le ampare
 Contra esas fieras! pues sin duda se halla
 Vagando por la isla.

ALON. Ven, partamos.

ARI. (Aparte.) Lo que hice, á mi señor diré prolijo.
 Vé, rey, seguro en busca de tu hijo. (Vánse.)

ESCENA II.

Otra parte de la isla.

Sale CALIBAN con una carga de leña. Se oye lejano trueno.

CAL. ¡Cuántas miasmas fétidas extrae
 El sol de inmundos charcos y pantanos,
 Sobre Próspero caigan y le infiltren
 Por cada poro enfermedad doliente!
 Sus espíritus me oyen; sin embargo,
 Me es fuerza maldecir. No me pincharan,
 Ni me llenaran de pavor traviosos,
 Ni me sacaran fuera del camino
 Ardiendo como antorcha en las tenebras,
 Si él no les azuzara; á su mandato
 Me acosan por cualquiera niñería:
 Tal vez cual monos gárrulos me siguen,
 Luego me muerden; como erizos luego
 Por donde voy descalzo se revuelcan,
 Esparciendo sus púas donde piso;
 Tal vez me enroscan áspides el cuerpo,
 Que á fuerza de silbar me vuelven loco
 Con sus hendidas lenguas.

Sale TRÍNCULO.

¡Uf, malhaya!

Un espíritu suyo aquí se acerca,
 Y viene á atormentarme porque tardo
 Tanto en llevar la leña. Aquí en el suelo
 Me tenderé; tal vez sin verme pase.

TRÍNCULO. No hay aquí mata, ni arbusto alguno que
 le pueda ofrecer á uno el menor abrigo, y ya
 amaga nueva tormenta. La oigo silbar en el
 viento. Aquella nube negra, aquella grande, pa-

rece un odre viejo á punto de vaciar su contenido. Si tronara como ántes, no sabría dónde esconder la cabeza. Aquel nubarrón no podrá ménos de desaguarse á cántaros. ¿Qué tenemos aquí? ¿Es hombre ó pescado? ¿vivo ó muerto? Es pescado: huele á tal: echa un olor rancio y muy semejante al del pescado; así como abur, y no de lo más fresco. ¡Pescado extraño! Si estuviese en Inglaterra ahora, donde estuve una vez, y tuviera este pescado, aunque no fuese más que pintado, no habría bobo en día de fiesta que no diera una moneda de plata por verle. Con este monstruo haría allí mi suerte: cualquier animal hace allí la suerte de un hombre. No darán una blanca á un pobre ciego; pero en cambio se gastarán diez por ver á un indio muerto. ¡Tiene piernas como un hombre! ¡y sus aletas son como brazos! ¡Y está caliente, á fe mía! Desecho ya mi anterior opinion; no la sostengo más. Esto no es pescado, sino algun isleño, á quien acaba de herir el rayo. (Truena.) ¡Ay de mí! ya vuelve la tormenta. Lo más acertado es acurrucarme debajo de su gabacha; no hay otro abrigo por aquí. ¡Con qué extraños compañeros de cama le pone á uno en contacto la necesidad! Me cobijaré aquí hasta que pase lo más recio de la tormenta.

Sale ESTÉBAN cantando, con una botella en la mano.

ESTÉBAN. *Ya no me embarco, no me embarco ya;
En tierra moriré.*

Esta es una melodía muy ruin para cantada en el entierro de un hombre; pero aquí está mi consuelo. (Bebe.)

(Canta.) *Nuestramo, el piloto, y el cómitre y yo*

*Gastábamos nuestra paga
 Con Juana, con Cármen, con Luisa y Leonor,
 Mas nadie queria á Maga.
 Tenia una lengua atroz:
 Al pobre marino le daba una coz;
 Odiaba el olor de la brea y la pez:
 Pero en cambio doquier le picaba,
 Rascar se dejaba
 Por un sastre villano y soez.
 ¡Partamos ligeros!
 ¡Que el diablo la lleve, y al mar, compañeros!*

Esta es tambien una melodía muy ruin; pero aquí está mi consuelo. (Bebe.)

CAL. No me atormentes; ¡ay!

ESTÉB. ¡Qué es esto? ¿Andan diablos por aquí? ¿Te estás mofando de mí con salvajes y hombres de la India? ¡Hola! Despues de haber estado á punto de ahogarme, no me asustarás con tus cuatro patas; pues se ha dicho de él que el hombre más valiente que anda en cuatro patas no le hará cesar; y se seguirá diciendo lo mismo mientras respire Estéban por estas narices.

CAL. El espíritu me atormenta. ¡Ay!

ESTÉB. Este debe ser algun monstruo de cuatro patas de la isla, el cual, segun sospecho, habrá cogido unas tercianas... ¿Dónde diablos pudo aprender nuestra lengua? Le prestaré algun alivio, aunque no fuere más que por eso. Si consigo restablecerle, y amansarle, y llevarmelo á Nápoles, á fe que será un regalo digno del más grande emperador que jamás pisó cuero de ganado vacuno.

CAL. Te ruego que no me atormentes; te prometo llevar la leña á casa con más premura.

ESTÉB. Ahora le da un ataque; y no habla, por cierto, con la mayor discrecion. Le haré probar el contenido de mi botella; si no ha probado

nunca el vino, será casi parte á curarle de su ataque. Si consigo restablecerle, y amansarle, no pediré mucho por él; pero lo que es el que le adquiriera, me lo ha de pagar, y por cierto á peso de oro.

CAL. Todavía no me haces mucho daño; luego me lo harás; lo sé por el modo que tienes de temblar. Ahora obra en ti el poder de Próspero.

ESTÉB. Ven acá: abre esa boca. Hé aquí lo que te devolveré el juicio, gato. Abre esa boca. Esto hará que se estremezcan tus estremecimientos, te lo aseguro, y de firme. Nadie sabe quién es su amigo. Vuelve á abrir esas mandíbulas.

TRÍN. Debiera conocer esa voz; es él, sin duda... pero aquel se ahogó, y estos son demonios. ¡Ay, favor!

ESTÉB. Cuatro piernas y dos voces. ¡Lindísimo monstruo! Su voz delantera hablará bien de su amigo; su voz trasera pronunciará discursos perversos y calumnias. Si basta á restablecerle todo el vino que contiene mi botella, le curaré de sus tercianas. Ven acá. ¡Amén! Te echaré algo por la otra boca.

TRÍN. ¡Estéban!

ESTÉB. ¿Me llama tu otra boca? ¡Válgame Dios! ¡jeste es un demonio, no un monstruo! Le dejaré; no tengo ninguna cuchara larga con qué comer con él.

TRÍN. ¡Estéban! Si eres Estéban, tócame y háblame, pues yo soy Trínculo, no temas, tu buen amigo Trínculo.

ESTÉB. Si eres Trínculo, sal de ahí. Te tiraré de las piernas más flacas; si algunas de estas piernas fueren las de Trínculo, estas deben ser. ¿Eres el mismo Trínculo? ¿Cómo viniste á ser servicio de este monstruo? ¿Arroja Trínculos acaso?

TRÍN. Pensé que le había muerto el rayo. ¡Pero no

te ahogaste, Estéban? Espero que no te ahogaste. ¿Pasó ya la tormenta? Me escondí debajo de la gabacha de este difunto monstruo por miedo á la tormenta. ¿Conque estás aún en vida, Estéban? ¡Oh, Estéban! ¡se han salvado dos napolitanos!

ESTÉB. Te ruego que no me des tantas vueltas; mi estómago no es muy estable.

CAL. (Aparte.) ¡Hermososséres, si no son fantasmas! ¡Valiente dios aquel! Consigo lleva Néctar divino. Ante él postrarme quiero.

ESTÉB. ¿Cómo te salvaste? ¿cómo viniste aquí? Júrame por esta botella cómo viniste aquí. Yo me salvé sobre un tonel de malvasía que los marineros echaron al agua: lo juro por esta botella, que hice de la corteza de un árbol con mis propias manos, despues que fui arrojado á tierra.

CAL. Te juro por esa botella que seré tu fiel vasallo; pues ese no es licor terrenal.

ESTÉB. Vamos, júrame por esta botella cómo te salvaste.

TRÍN. Me salvé á nado, amigo, como un pato. Sé nadar como un pato, te lo juro.

ESTÉB. Pues besa el libro. Aunque sepas nadar como un pato, tu traza es de ganso.

TRÍN. ¡Ay, Estéban! ¿tienes más de esto?

ESTÉB. El tonel entero, amigo. Mi bodega está en una roca á orilla del mar, donde tengo escondido mi vino. ¿Qué tal, monstruo? ¿cómo vamos de tercianas?

CAL. ¿No te has caído del cielo?

ESTÉB. De la luna, te lo aseguro. Fui un tiempo morador de la luna.

CAL. Te he visto en ella, y juro que te adoro: Mi dueña me hizo verte, con tu perro, Y con la mata á cuya sombra estabas.

ESTÉB. Vamos, jura por esto; besa el libro. Lo llenaré luego con nuevos ingredientes. ¡Jura!

TRÍN. Por esa luz bendita que es muy sandio este monstruo. ¡Yo tenerle miedo? ¡Desdichado monstruo! ¡Conque morador de la luna? ¡Monstruo desdichado y crédulo por demas! Bien pensado, monstruo, á fe mía, bien pensado.

CAL. Te enseñaré pulgada por pulgada
Las fértiles comarcas de la isla.

Los piés te beso: sé mi dios, te ruego.

TRÍN. ¡Por esta luz que es el más pérfido y borracho de los monstruos! Cuando esté durmiendo su dios, le hurtará su botella.

CAL. Te besaré los piés; seré tu esclavo.

ESTÉB. Pues ven, póstrate y jura.

TRÍN. Me hará reventar de risa este monstruo majadero. ¡Monstruo ruin! Me dan ganas de pegarle.

ESTÉB. Vamos, besa.

TRÍN. ¡Si no estuviera bebido!... ¡Monstruo aborrecible!

CAL. Te enseñaré las fuentes, las mejores;

Bayas te cogeré, peces y leña.

¡Maldito sea el despota á quien sirvo!

No volveré á llevarle más tarugos;

Servirte quiero, oh, sér maravilloso.

TRÍN. ¡Habrás visto monstruo más ridículo?

¡Hacer de un pobre borracho una maravilla!

CAL. Deja que te conduzca á donde crecen

Silvestres peras; con mis largas uñas

Trufas te arrancaré; del gayo el nido

Quiero enseñarte, y á tender el lazo

Al ágil mono; y has de ver los bosques

De verdes, apiñadas avellanas;

A veces te traeré gaviotas tiernas

Nacidas en la roca. Dime: ¿vienes?

ESTÉB. Te ruego que nos enseñes el camino sin decir más palabras. Trínculo, ya que el rey y la tripulación entera se han ahogado, tomaremos posesion aquí. Llévame esta botella. Amigo Trínculo, volveremos á llenarla en breve.

CALIBAN. (Canta con aire de beodo.)
¡Amo, adios, adios mi amo!

TRÍN. ¡Qué monstruo tan escandaloso! ¡qué monstruo tan borracho!

CAL. (Canta.) *No le saco más peces del mar,
 Ni le traigo más leña,
 Ni le arranco más breña;
 Ni más platos le quiero fregar.
 Ban, ban, Ca—Caliban
 Ya tiene otro dueño, busca otro gañan.*

¡Hola! ¡ya soy libre! ¡ya soy libre! ¡Viva la libertad! ¡viva, viva la libertad!

ESTÉB. ¡Oh bravo monstruo! enséñanos el camino.

(Vánse.)
